



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

ATALAYA DE LOS TIEMPOS \_\_\_\_\_

ENSENADA NORTE \_\_\_\_\_

CUEVA DEL TIBICENA \_\_\_\_\_

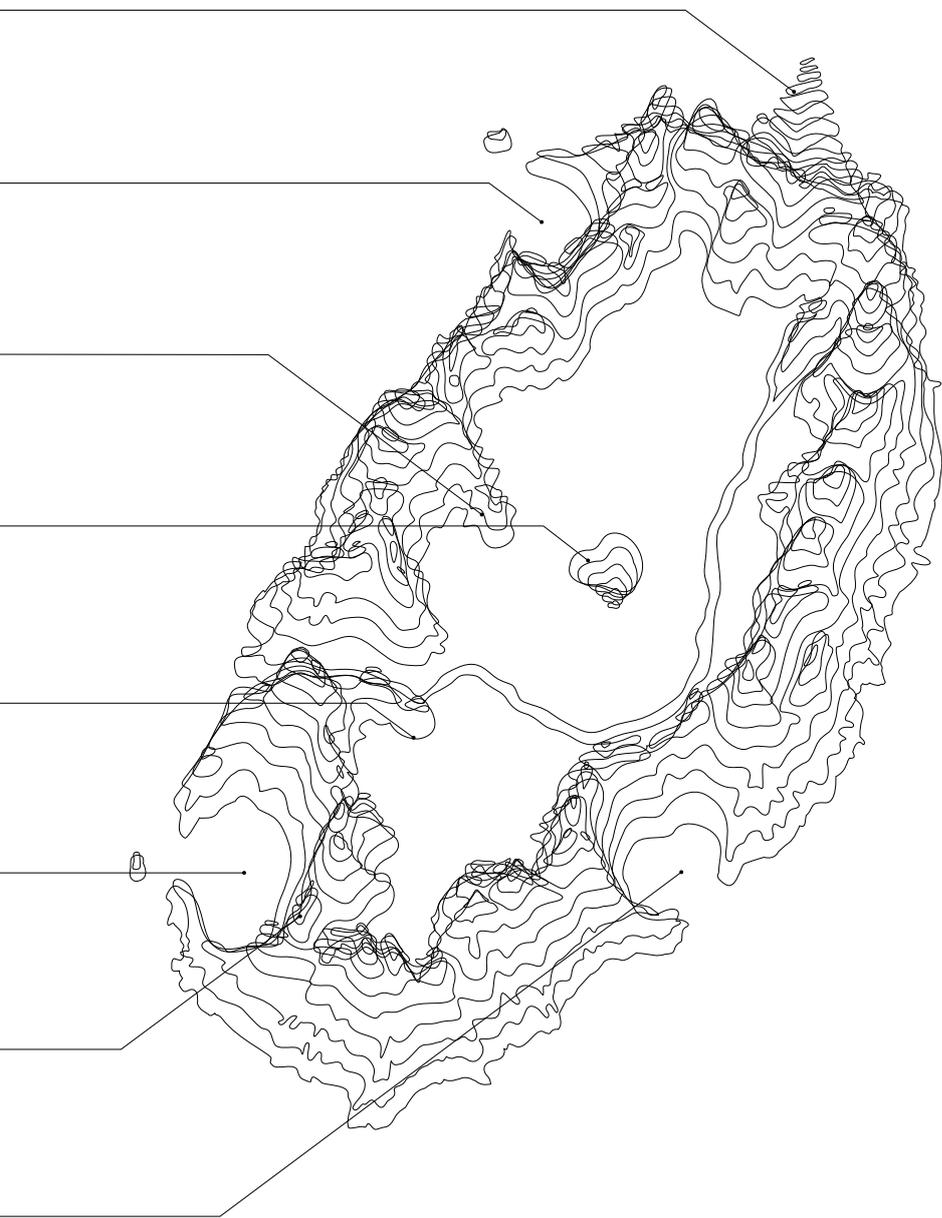
EL ABISMO DEL DIABLO \_\_\_\_\_

CUEVA DE LOS TZUGNZAR \_\_\_\_\_

ENSENADA SUDOESTE \_\_\_\_\_

CASA DE LA MONTAÑA \_\_\_\_\_

ENSENADA ESTE \_\_\_\_\_



SAN BORONDÓN

© 2014, Heinz Delam

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-068-8

Depósito legal: M-37.954-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: junio de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega  
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*EL ABISMO DEL DIABLO*  
*HEINZ DELAM*

loqueleg

*A mi padre, in memoriam.*

«Si la realidad te parece un sueño,  
asegúrate de no despertar».

9

FREDERIK VAN GAELENS

*Las profundidades del mar verde*

El pequeño velero llevaba casi una hora fondeado en aguas tranquilas, guarecido de los embates del viento y las olas por oscuras paredes de roca volcánica. Sus tres únicos ocupantes eran una mujer muy joven, un hombre ya maduro y un perro de gran tamaño. Ella, morena y delgada, poseía la belleza serena de los antiguos habitantes de las islas atlánticas, mientras que en su compañero destacaban rasgos típicos de los pueblos del norte de Europa. El contraste de sus respectivas apariencias no impedía que entre ellos fluyera una complicidad natural fruto de una amistad sólida y duradera. En cuanto al animal, musculoso y de complexión maciza, tenía un cuerpo cubierto de pelaje atigrado y una cabeza ancha dotada de poderosas mandíbulas. La joven, sin apartar la mirada

de las negras rocas de la costa, expresó en voz alta sus pensamientos:

—Aunque es la segunda vez que vengo, me sigue pareciendo un lugar desconocido.

El hombre no respondió enseguida. Se dedicó a desatar los cabos que sujetaban la pequeña lancha neumática y dejó que esta descendiera por su propio peso hasta el agua. Luego, con una agilidad inesperada para su edad, saltó a bordo y aguardó a que su joven compañera hiciese lo propio.

10

—Esta isla siempre parece diferente, querida princesita —dijo por fin—. Incluso para mí, que vengo a visitarla desde hace tantos años.

La chica y el perro se dejaron caer al mismo tiempo al interior de la frágil zódiac, que escoró hacia babor bajo el doble peso. La muchacha se sentó en el fondo de la embarcación e intentó disimular sus emociones desviando la mirada hacia el agua. Al hombre no le pasó desapercibido un brillo de lágrimas en sus ojos.

—Te duele su recuerdo, ¿verdad? —dijo mientras soltaba la amarra y apoyaba el remo en el costado del velero para alejar de él la lancha—. Sé muy bien lo que sientes, princesita, pero en tu caso tiene solución. Estoy seguro de que Carlos y tú volveréis a estar juntos muy pronto.

Ella respondió con un suspiro y se mantuvo en silencio hasta que llegaron a tierra. Poco después, las tres siluetas se recortaron contra el cielo nuboso mientras ascendían por el empinado acantilado. Ambos humanos sudaban por el bochornoso calor y el esfuerzo de la esca-

lada, pero la expresión de la joven reflejaba además una gran expectación.

—¿Qué crees que vamos a encontrar en ese bosque?  
—preguntó de pronto.

—Pues no tengo ni idea. Para eso hemos venido.

—¿Cómo es que nunca lo has explorado en tus viajes anteriores?

—Porque solo la buscaba a ella y sabía que no la encontraría allí. A mi dama no le gustaba ese bosque, creo que incluso le daba miedo.

—¿Miedo de qué?

—No llegó a decírmelo. Ya sabes que no tuvimos tiempo de hablar mucho, aunque las pocas horas que permanecimos juntos fueron suficientes para cambiar mi vida para siempre...

Esta vez la tristeza afloró a los ojos del hombre, pero su joven compañera miraba hacia otro lado y no se percató.

Al llegar a lo alto se detuvieron para recobrar el aliento. El perro parecía intranquilo, mantenía el cuerpo tenso y de cuando en cuando olisqueaba el aire como si intuyera un peligro inminente. El hombre, contagiado de la misma inquietud, aprovechó la pausa para cargar el pequeño revólver que llevaba colgado al cinto.

—¿Crees que ese cacharro servirá si alguien nos ataca? —preguntó ella con una mueca de desconfianza.

—No lo sé, depende del atacante. Si es un animal quizá huya con la primera detonación.

—Me fío más de Bardi que de ese trasto —asintió la joven mientras acariciaba el recio lomo del perro.

Iniciaron el descenso por la ladera opuesta al acantilado; más abajo se extendía una pendiente suave, alfombrada de helechos, que llegaba hasta el frondoso bosque que cubría el centro de la isla. La brisa que soplaba desde allí traía fragancias de flores desconocidas y murmullos de vida animal. El hombre dirigió un instante su mirada nostálgica hacia una solitaria casita situada en la ladera alta de la montaña, justo debajo de una curiosa nube con forma de herradura.

12

—¡Eh! Ahora es a ti a quien duelen los recuerdos —sentenció la joven.

—Lo malo es que los míos no tienen cura... ¡Mira! Esto se parece a bosques de otras islas: en esa parte hay brezos<sup>1</sup> y fayas<sup>2</sup>. Eso de ahí son viñátigos<sup>3</sup>, y también veo algún madroño canario<sup>4</sup>...

—Vaya, sabes más de las islas que yo —rio ella—. Parece mentira que yo sea canaria y tú «guiiri».

—Bueno, aparte de ser mucho más viejo, he estudiado esos temas para los artículos que publico en revistas temáticas extranjeras, ya sabes.

Aceleraron el paso hasta los límites del bosque. El hombre, tras consultar su reloj y una pequeña brújula,

<sup>1</sup> Brezo (*Erica arborea*), familia ERICACEAE (Ericáceas). Arbusto de 1 a 2 metros de altura, muy ramoso, crece en bosque de laurisilva o lugares húmedos.

<sup>2</sup> Faya (*Myrica faya*), familia MYRICACEAE. Arbusto asociado al brezo (fayalbrezal). Su fruto formaba parte de la dieta de los antiguos canarios.

<sup>3</sup> Viñátigo (*Persea indica*). Gran árbol (hasta 20 metros) de copa desplegada y hermosas flores verde-azuladas.

<sup>4</sup> Madroño canario (*Arbutus canariensis*), familia ERICACEAE. Árbol asociado a laurisilvas. Sus frutos dorados son ricos en vitamina C y agradables al paladar.

hizo un par de anotaciones en una libreta que extrajo del amplio bolsillo de su camisa.

—¿Qué haces?

—Trazar un pequeño mapa, por si nos perdemos.

A medida que se adentraban en la floresta se sumergían en un mundo sombrío y brumoso plagado de silbidos, cacareos y graznidos, aunque también se percibían susurros apagados y movimientos sigilosos entre la maleza. Todo estaba recubierto de un manto verde, incluso los troncos y ramas de los árboles, con lenguas de musgo que a veces colgaban hasta el suelo y creaban formas retorcidas semejantes a serpientes peludas. El hombre se detuvo al pie de un árbol cuyo tronco gigantesco casi cerraba el paso.

—¿Ocurre algo?

—Es curioso, estos árboles tan grandes parecen más propios de una selva pluvial que de un bosque canario... Y este tipo de helecho que crece entre sus raíces no lo había visto antes en ninguna parte. Parece muy primitivo.

—¡Liam, mira esto! —Con un mohín de asco, la joven señaló un pequeño montículo oscuro situado a sus pies—. Parece caca.

—Y de un animal grande, por cierto —observó el hombre, agachándose—. Me pregunto qué bicho así vivirá aquí. No creo que sea peligroso, pero seremos precavidos por si acaso: yo iré delante y tú procura que Bardi nos siga, protegiendo la retaguardia.

Poco después hallaron más rastros de la presencia de animales de gran tamaño, como una huella en la tierra húmeda que los dejó perplejos.

—Parece de un ave —opinó la muchacha.

—Sí, pero solo tiene dos dedos y un espolón hacia atrás. Nunca he visto nada parecido. Y debe de ser enorme.

—¿Las seguimos? Me gustaría ver a esos pájaros.

—Veo que sigues siendo la Yraya de siempre, tan valiente como una guerrera de leyenda. Está bien, iremos a buscar a esas aves, aunque habrá que ver si nosotros les gustamos a ellas.

Cuando Gloria y su madre Lidia abandonaron la entidad bancaria, un implacable sol de finales de julio abrasaba el aire y derretía el asfalto. El tráfico era muy denso a aquellas horas del mediodía y los tubos de escape de los coches añadían a la atmósfera su tributo irrespirable. La joven, ajena a cuanto la rodeaba, solo tenía ojos para la extraña caja de madera lacada que sostenía entre sus brazos.

15

Mientras la mirada ansiosa de Lidia recorría la riada de coches en busca de algún taxi libre, su hija permanecía muy quieta, invadida por una mezcla de curiosidad e impaciencia; se preguntaba por qué tío Enrique, el único hermano de su madre, había elegido a una sobrina a la que no veía desde hacía años como destinataria de su último legado. Tampoco entendía el motivo de las extrañas exigencias que figuraban en su testamento... De golpe, la voz de su madre irrumpió en sus pensamientos:

—Despierta, hija, que ya nos vamos.

Un taxi había obedecido por fin los enérgicos aspavientos de la mujer y se hallaba detenido junto a ellas.

—Puedo meter esa caja en el maletero —se ofreció el taxista.

Gloria negó con la cabeza y la abrazó con más fuerza.

—Gracias, pero prefiero llevarla encima.

16 Ambas se acomodaron en el asiento trasero del vehículo, que por suerte llevaba encendido el aire acondicionado. Apenas el taxi empezó a rodar, Gloria se fijó en una silueta que desentonaba entre los acalorados viandantes como lo haría un astronauta en una playa veraniega. Iba enfundada en un oscuro mono de motorista y la visera tintada del casco integral ocultaba sus rasgos, pero Gloria hubiese jurado que sus ojos le devolvían la misma atención que ella le dedicaba. Mientras el taxi se alejaba la chica permaneció hipnotizada por la negra figura, que parecía esculpida en el mismo cemento de la acera... Hasta que el vehículo torció por una bocacalle y la escena quedó fuera del alcance de su vista.

Gloria decidió apartar de su mente la imagen del motorista e intentó rescatar de sus recuerdos el olvidado rostro del tío Enrique... Pero solo obtuvo una imagen borrosa y lejana. Se dedicó entonces a repasar la curiosa visita a la notaría, donde un hombre trajeado procedió a la lectura del testamento que la nombraba a ella única beneficiaria de los bienes de su tío. El documento también contenía instrucciones para que Gloria retirase en persona su herencia de una caja de seguridad guardada en un banco.

Pero lo único que había allí dentro era un grueso sobre lacrado y una caja de madera envejecida por el tiempo. Lo más chocante de aquel estuche era su forma, más o

menos hexagonal, con la tapa asegurada por una pequeña cerradura de metal dorado. Todos esos detalles afianzaron su idea de que por fuerza debía contener algo bello, valioso, o quizá ambas cosas a la vez. Pero las instrucciones de su tío recalcaban que debía estar sola y fuera del alcance de cualquier mirada indiscreta en el momento de abrir ambas cosas. ¿Por qué tanto misterio? ¿Se trataba de algo importante o de una simple broma de su difunto tío?

El taxi se arrastraba a paso de tortuga en medio de la estancada corriente de automóviles y Gloria estaba cada vez más nerviosa. Se volvió a mirar a través de la luneta trasera, sin poder evitar buscar al extraño motorista entre el flujo de vehículos. Luego miró a su madre y la sorprendió con el ceño fruncido y la mirada perdida; pensó que debía de estar molesta por haber quedado excluida del legado de su hermano, e hizo un intento de animarla:

—Supongo que estarás tan impaciente como yo —le dijo—, pero ya sabes que mi tío dejó claro que tenía que abrirla yo sola y sin testigos.

—La verdad es que no me interesa, y yo en tu lugar no me tomaría en serio sus absurdas recomendaciones. Mi pobre hermano estaba mal de la cabeza.

—Yo quiero respetar su última voluntad, pero en cuanto cumpla el ritual te lo enseñaré todo.

—Ya te he dicho que no me importa lo que pueda contener esa maldita caja —respondió la madre con una mueca de disgusto—. Conociendo a Enrique te puedo adelantar que será algo absurdo e inútil.

Las dos permanecieron calladas durante el resto del trayecto. A Gloria le extrañaba la actitud de su madre, sobre todo teniendo en cuenta la complicidad que se había establecido entre ellas desde que su padre había dejado de vivir bajo el mismo techo. La conocía bien y tenía la impresión de que le ocultaba algo. Desde muy pequeña había aprendido a reconocer los estados de ánimo de Lidia, y ahora había detectado en sus ojos preocupación, incluso miedo, como si supiese de antemano lo que contenía aquella caja y eso la asustara.

Por el momento solo podía armarse de paciencia y aguardar a que llegara el momento de desvelar el secreto de su tío Enrique.

Minutos más tarde el hombre, la joven y el perro llegaron junto a una pared de roca cubierta de vegetación que se elevaba en vertical hasta una altura considerable. En el suelo, las huellas y los excrementos de grandes aves eran mucho más abundantes. 19

—Deben de anidar por aquí —opinó Liam, mirando hacia arriba—. Tal vez vuelen y construyan sus nidos en lo alto.

—Mira, aquí hay un hueco que podría ser una cueva. ¿Entramos?

Tras vacilar un instante, el hombre empuñó su pistola y exclamó:

—¡Vamos allá!

Tuvieron que apartar una tupida maraña de vegetación que ocultaba el acceso a la cavidad subterránea y, una vez dentro, aguardar varios segundos hasta que sus ojos se acomodaron a la penumbra. El hombre encendió una linterna y le entregó otra a la joven, que la mantuvo apagada. La galería era angosta y les obligaba a caminar agachados, sobre todo al hombre, que medía cerca de dos

metros. El olor animal era intenso y notaban hundirse sus pies en una capa de estiércol. Pero, aparte de una bandada de murciélagos que pasó rozando sus cabezas, no se veía ningún signo de vida.

Poco después desembocaron en una gruta circular cuyas paredes brillaban de humedad salitrosa. El techo era tan elevado que ni siquiera el haz de la linterna alcanzaba a iluminarlo, y en las paredes del fondo bostezaban varias aberturas de diferentes tamaños. Un sonido suave, parecido a un roce sigiloso, surgió de aquellas negras bocas de piedra.

20

—¿Has oído eso? —preguntó Yraya en un susurro.

—Mi oído ya no es lo que era, pero sí, parece que hay algo escondido ahí dentro. Probablemente sea uno de los pájaros que han alfombrado todo esto con sus heces.

—No me gusta. Mejor nos vamos.

—Estoy de acuerdo, pero ya que hemos llegado hasta aquí podemos terminar de echar un vistazo a la cueva... Eh, ¿qué le ocurre a Bardi?

—Se ha puesto tenso, como si barruntase algo.

El hombre se apresuró a empuñar el revólver con una mano y la linterna con la otra.

—¿Los oyes? —exclamó la muchacha, cada vez más asustada.

Desde una de las aberturas acababa de surgir un extraño cacareo, semejante a la risa desafinada de un demente. El hombre y la muchacha notaron que un escalofrío recorría sus cuerpos de pies a cabeza. El perro también erizó el lomo y dejó escapar un gruñido de ad-

vertencia, que fue respondido por otros gritos similares al primero.

—¡Son los pájaros! —dedujo Liam—. Parece que por fin vamos a verles las plumas.

Los sonidos que surgían de las galerías aumentaban por momentos y sus ecos llenaban de confusión la gran caverna. De pronto la linterna iluminó un ave de aspecto temible que acababa de aparecer ante ellos: era casi tan grande como un avestruz, pero de aspecto rechoncho y tosco. Los detalles más llamativos de aquella criatura eran su gran cabeza, dotada de un pico ancho y poblado de dientes agudos, y las cortas alas de las que sobresalían tres dedos acabados en garras afiladas como puñales. Sus grandes ojos devolvían una mirada que destilaba ferocidad.

—¡Salgamos de aquí cuanto antes! —gimió Yraya.

El perro, reacio a aceptar la humillación de una retirada sin lucha, emitió un fuerte gruñido y se preparó a plantar cara al enemigo.

—¡Bardi! ¿Te has vuelto loco?

Justo cuando otras sombras similares a la primera surgían de los túneles, el hombre efectuó un disparo que atronó en el interior de la caverna. La muchacha tiró del collar del perro y por fin logró apartar su atención de los atacantes.

—¡Ahora o nunca! —aulló Liam—. ¡A la salida!

Seguidos de cerca por aquellas extrañas figuras bípedas, cuyos graznidos y rapidez de movimientos resultaban aterradores, los fugitivos alcanzaron justo a tiempo la barrera vegetal de la entrada y la franquearon. El

bosque, ahora bañado por un sol agonizante que apenas lograba disipar las sombras, los recibió con un coro de murmullos sigilosos e inquietantes.

22 Los tres iniciaron una carrera al límite de sus fuerzas. A menudo sus pies tropezaban con raíces ocultas o sus piernas se enredaban en los fuertes tallos que crecían por doquier; tenían la piel lacerada por los espinos y las ramas de los arbustos, y apenas osaban lanzar de cuando en cuando alguna temerosa mirada por encima del hombro. Pero sus perseguidores parecían incansables; emitían cloqueos semejantes a risas humanas que sonaban cada vez más cerca. Ganaban terreno. Los tres fugitivos percibían horrorizados aquellos sonidos amenazadores que se aproximaban, incluso vislumbraban por momentos las sombras furtivas que se movían entre la maleza. De cuando en cuando, el hombre efectuaba algún disparo cuyos ecos eran devueltos por la falda de las montañas, pero la proximidad de los atacantes demostraba el escaso efecto que surtían.

Y las seis balas del revólver se agotaron.

Gloria se bajó del taxi con su caja a cuestas y salió disparada sin esperar a su madre. Subió las escaleras a grandes zancadas y no paró hasta entrar en su habitación y cerrar bien la puerta tras ella. Tenía el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Apartó a toda prisa los objetos que se amontonaban sobre su escritorio y situó la caja de madera en el centro de la superficie recién despejada. Notaba la garganta seca y que le sudaban las palmas de las manos. A pesar de su impaciencia se obligó a hacer una pausa para llamar a Alicia, su mejor amiga, ya que se lo había prometido.

—¿Es dinero? —gritó la voz emocionada en el auricular.

—No lo parece...

—¿Oro, entonces? ¿Joyas? ¿Acciones de una empresa gorda?

—Lo que tengo ante mí es una caja cerrada de madera —respondió Gloria, que tuvo que esforzarse para aparentar indiferencia—. Parece antigua.

—¿Pues a qué esperas para abrirla?

—También hay un sobre lacrado. —A pesar de su propia impaciencia, Gloria disfrutaba prolongando la incertidumbre de su amiga—. Al tacto parece bastante abultado.

—¡Ay, seguro que ahí está la pasta! Espera, que voy para allá.

—¡Ni hablar! La última voluntad de mi difunto tío es que lo abra sola.

—¡No puede ser verdad! Nadie trata así a su mejor amiga.

—No es culpa mía.

—Tu tío no se va a enterar.

—Ya, pero no quiero traicionar su último deseo.

—Que te quede clara una cosa: si no me dejas verlo no te vuelvo a dirigir la palabra. ¡Jamás!

—Eh, que yo no soy responsable de los caprichos de mi tío. Te prometo que te llamaré en cuanto levante la tapa y serás la primera persona, después de mí misma, en conocer el secreto. Incluso antes que mi madre. ¿Vale?

Alicia guardó silencio durante varios segundos. Por fin cedió:

—Bueno, vale. Pero ya te puedes preparar como no cumplas tu promesa.

—Eso está mejor. Y te noto nerviosa, ¿te has vuelto a pelear con Carlos?

—Con mi hermano ya ni me peleo. Lleva alelado desde las vacaciones del verano pasado, cuando se enamoró de esa chica canaria que le metió en la cabeza sus locuras sobre islas fantasma y perros diabólicos. Vale que mi

hermano siempre ha sido algo rarito, con su manía de descifrar jeroglíficos y su fobia a las discotecas, ya solo le faltaba liarse con una que está peor que él.

Gloria no tenía ganas de discutir de las rarezas de Carlos. Solo deseaba que Alicia dejase de hablar para poder abrir la maldita caja.

—Oye, no sé si recuerdas que tengo algo pendiente de destapar. Pero si ya no te interesa, no hará falta que te llame cuando sepa lo que hay dentro...

—¡Te mato! Como no me llames, juro que te hago picadillo.

25

Nada más colgar, Gloria se dio cuenta de que su ansiedad, lejos de desaparecer, había aumentado. Empezó por leer las palabras escritas en el sobre:

*Querida sobrina:*

*Aquí dentro hallarás una llave y una carta explicativa que deberás leer, eso es importante, antes de abrir la caja.*

«Otra recomendación absurda», pensó. Rasgó el sobre lacrado con manos temblorosas y de su interior escapó una pesada llave que rebotó sobre la mesa con un tintineo sordo... Extendió la mano para recogerla y el simple contacto de sus dedos con el viejo metal ejerció sobre ella un efecto inesperado, como si una fuerza extraña se adueñara de su voluntad y le exigiera actuar de inmediato. Pero... ¿iba a traicionar los deseos de su tío por no ser capaz de aguantar unos minutos? Observó que sus dedos decidían por ella e introducían poco a poco la llave en la

cerradura. Contuvo la respiración mientras la llave giraba y el viejo mecanismo emitía un sonido hueco y lejano, como si procediese de otro mundo. Entonces levantó la tapa y...

Su entusiasmo se desmoronó en el acto.

El estuche solo contenía un raro instrumento de aspecto envejecido, tal y como su madre había pronosticado. El objeto, cuya forma se le antojó extraña, estaba hecho de un metal cuya superficie presentaba un desvaído tono grisáceo. Poseía un armazón de forma más o menos triangular, con una escala graduada y curva en uno de sus lados; también estaba dotado de varias monturas con cristales redondos y una especie de visor. Lo acarició con la yema de los dedos y le sorprendió su tacto seco y sin rastro de humedad o polvo. Intentó sacarlo de su alojamiento, pero estaba bien encajado y tuvo que forcejear un poco. Cuando por fin lo sostuvo en la mano, le pareció más ligero de lo que había estimado, como si aquel trasto se empeñara en contradecir cada una de sus suposiciones. Encendió su cámara digital y le hizo unas cuantas fotos para mandárselas como anticipo a Alicia por correo electrónico.

Comprobó que el artilugio era de construcción bastante sencilla: la base, dotada con un arco graduado, soportaba un visor tubular y un espejo fijo. Había otro enfrentado al anterior cuyo ángulo podía variar por estar montado en un brazo móvil cuyo extremo opuesto recorría la escala graduada. Dedujo que el cursor, equipado con una pequeña lupa y una ruedecilla que permitía ajustarlo con precisión, medía el ángulo formado por

ambos espejos. Luego estaban unos filtros coloreados que podían intercarse a voluntad entre el visor y los espejos. El conjunto ofrecía un aspecto de ciencia antigua, casi mágico. ¿Para qué serviría? Empezó a leer los folios manuscritos de su tío para ver si le aclaraban algo.

*Querida sobrina:*

*Si has heredado esa impaciente curiosidad que caracteriza a nuestra familia, habrás desobedecido mi petición y abierto el estuche antes de leer esta carta. No debes preocuparte, porque es justo lo que esperaba de ti.*

27

*Sin duda te preguntarás por qué te he elegido a ti como depositaria de mi bien más preciado. El caso es que ya no puedo confiar en nadie, ni siquiera en mi hermana (tu madre), por razones que sería demasiado largo explicar. Pero vayamos al grano: por si no lo sabes, el objeto que tienes ante tus ojos es un sextante, un instrumento de navegación que sirve para medir la altura en grados de un astro sobre el horizonte. Ese dato, unido a la hora de la medición, permite determinar la latitud del lugar donde uno se encuentra. El ejemplar que tienes ante tus ojos perteneció a Jacques de Vallencourt, tu lejano antepasado del que descendes por línea materna. Jacques se encuentra bastante alejado de ti en el tiempo, ya que es el tatarabuelo de tu abuelo o, lo que es igual, el bisabuelo de tu bisabuelo. Pero su sangre corre por tus venas, y con ella la sed de conocimiento y el insaciable afán de aventura que siempre ha caracterizado a nuestra familia.*

*Deberías saber que además de marino y explorador, Jacques fue un reconocido astrónomo, alquimista aficionado e*

*investigador de los misterios del universo. Como viajero incansable recorrió buena parte del orbe hasta alcanzar lugares todavía inexplorados en aquella época. Y por si fuera poco, aquel hombre ocultaba un secreto asombroso que yo descubrí. A partir de entonces mi fascinación por el sextante creció hasta acabar convertida en una verdadera obsesión que cambió el sentido de mi vida...*

*Una vida que ya habré perdido para cuando leas estas líneas.*

28

*Supongo que te extrañará tanto dramatismo, o la exigencia de que estés sola en el instante de recibir este legado. En realidad solo pretendo recrear para ti las mismas condiciones en que me encontraba yo cuando me tocó vivir ese momento, con la esperanza de que te produzca el mismo efecto. El instrumento que acabas de recibir puede parecer a simple vista un trasto viejo e inútil, pero es nada menos que una llave a otro mundo; lo digo sin exagerar, aunque no espero que me creas. Después de esa revelación yo decidí involucrarme en un proyecto grandioso que entraña un riesgo altísimo, y por eso dejé instrucciones precisas al notario que ya conoces (que es un amigo de confianza) para que, en caso de no dar señales de vida después de cierta fecha, te hiciese entrega formal de la caja de seguridad donde conservo el sextante.*

*Recurro pues a ti, querida sobrina, para que prosigas a partir de donde yo lo dejé, y te ruego que por nada del mundo te deshagas de esa reliquia. Sé que podría ahorrarte mucho tiempo y esfuerzo adelantándote mis descubrimientos, pero sería traicionar la intención de Jacques e introducir elementos perturbadores en una senda que debes recorrer sola. Pero*

*si decides seguir mis pasos, debes saber que no serás la única empeñada en la misma búsqueda: me consta que ciertas personas sin escrúpulos ya están al tanto del secreto y dispuestas a todo por conseguirlo. Tendrás que extremar la prudencia.*

*Me despido con la tristeza de no poder abrazarte ni aclarar tus dudas cara a cara, aunque me consuelo pensando que quizá sea mejor así: el hecho de que mis palabras te lleguen escritas en un papel, sin imágenes o sonidos que distraigan tu atención, permitirá que calen más hondo en tu mente y activen los misteriosos mecanismos de tu imaginación.*

*También quiero que sepas que, a pesar de nuestro obligado distanciamiento, siempre te he reservado un hueco especial en mi solitario corazón.*

*Tu tío que te quiere,  
Enrique*

Después de releerla, Gloria dobló la carta y volvió a introducirla en el sobre. Todo aquello se le antojaba confuso, casi amenazador. Le extrañaba la obsesión de su tío por el secreto de su antepasado, o sus continuas referencias a su propia muerte. ¿Podía un artilugio arcaico y destinado a viajeros de otra época esconder un secreto capaz de trastornar a alguien hasta tal punto? De cualquier forma, ella pertenecía al siglo veintiuno y su mundo quedaba muy lejos de aquellos navegantes antiguos. Le apenaba que el hermano de su madre hubiese malgastado tanto esfuerzo en intentar contagiarle su fiebre aventurera, aunque al menos había acertado al suponer que la carta pondría en marcha algún mecanismo dentro de su

cabeza. Ahora sentía curiosidad por la vida de aquel gran viajero que fue su antepasado y por las circunstancias del fallecimiento de tío Enrique.

Mientras marcaba el número de su amiga para explicárselo todo, Gloria sintió un inexplicable hormigueo en el estómago.